

Siguiendo la misma corriente contemporánea, la emisora británica de radio, esto es, la BBC de Londres, que pretendió un tiempo erigirse en árbitro del buen decir con criterios muy restrictivos, los ha abandonado y se ha abierto a las diferencias en el modo de hablar inglés, sobre todo en materia de pronunciación. Un aspecto que a nosotros también nos interesa mucho.

LA PRONUNCIACIÓN CORRECTA

La radioemisora británica, o BBC de Londres, que siempre fue muy restrictiva en su empeño de establecer normas para la lengua inglesa, ha abierto ahora la mano, adoptando otros criterios más amplios, tanto por cuanto se refiere a las distintas maneras de hablar esa lengua, cuya pronunciación es ciertamente variable, como en cuanto a los demás aspectos de su gramática: construcción y léxico. Esta nueva laxitud es muy razonable, y mucho más cuando se trata de una lengua extendida en varios países del mundo habitados por comunidades humanas que son diferentes desde puntos de vista diversos.

Este es el caso también de nuestra lengua española, compartida por tantos millones de seres humanos en áreas geográficas tan dilatadas. Reduciéndonos a considerar el aspecto de la pronunciación, y dejando al lado por el momento otras modalidades lingüísticas, empecemos por afirmar un hecho evidente: ninguna variedad de dicción es tan marcada que impida la comprensión recíproca entre hispanoparlantes de latitudes o meridianos distintos. Por lo demás, no existe en nuestro idioma un modelo de pronunciación que pueda considerarse «correcto» y tenga por ello valor preceptivo, como el que, por ejemplo, establecieron con cierto éxito para el francés las pautas de elocución de la *Comédie Française*. En las universidades norteamericanas prevaleció durante un tiempo, por cuanto se refiere a la enseñanza del español, el criterio de imponer a los estudiantes la «Castilian pronunciation», y ¡ay del profesor que no marcara bien las zetas y silbara las eses o, si era una persona de lengua española, no lograra al menos simular esa pronunciación! Luego, en la época de la llamada «buena vecindad» política para con los países del continente, hubo de invertirse ese rígido criterio, y ahora sólo se estimaba legítima, con igual rigidez absurda, la pronunciación latinoamericana, quedando proscritas las zetas. Apenas hará falta decir que todo esto es ridículo. En primer lugar, el distinguir una pronunciación «española» frente a una pronunciación «hispanoamericana» o «latinoamericana» constituye una simplificación, y es tan falso como hablar de una pronunciación inglesa o de una pronunciación norteamer-

ricana. Dentro de la Península Ibérica y de las fronteras del Estado español existen—aparte de otras lenguas distintas de la castellana—una diversidad de pronunciaciones de ésta mucho mayor que la que se encuentra en toda la extensión de la América de habla española. Y dentro de la América que habla español pueden hallarse diferencias, de país a país y en el interior de cada país, tan notables como, por ejemplo, las que en Argentina separan la dicción rioplatense de la cordobesa o de la jujeña. En Nueva York, donde hay varias radioemisoras de lengua española, las llamadas radios «hispanas», alternan y son fáciles de identificar las voces de locutores puertorriqueños, cubanos o dominicanos, mejicanos y españoles de regiones varias, sin que a nadie se le ocurra pensar ya que una u otra forma de pronunciar la lengua común a todos sea preferible a las demás, como nadie pretende en los Estados Unidos—fuera de las bromas, chistes y burlas inofensivas de costumbre en todas partes—que el acento tejano sea mejor o más correcto que el neoyorquino o que el californiano.

Claro está que en un nivel de educación profesional, las inflexiones demasiado marcadas—y lo mismo cabe decir de las expresiones muy locales—deben ser corregidas en busca de una homogeneidad (siempre que no se las quiera recalcar, al contrario, de un modo intencionado para lograr efectos cómicos o de caracterización pintoresca). Estamos lejos de los escrúpulos propios de la *Comédie Française*; pero sin duda es disparatado que, según ocurre a veces en el teatro o en las películas «hispanas», cada miembro de una familia hable con distinto acento local: el padre acaso como típico catalán, la madre como típica argentina, la hija mayor como típica puertorriqueña y el hijo segundo como típico mejicano, dependiendo del azar que gobierna el reparto de los papeles entre actores cuya formación profesional es nula, más bien que deficiente. En esto, como en todo, debiera prevalecer el buen sentido, la discreta sensatez. Aunque hoy se tienda a olvidarlo en nombre de la libertad o espontaneidad creadora, no debemos perder de vista que el lenguaje humano es un producto de cultura, y como todos los productos de cultura reposa sobre pautas sociales mantenidas por la voluntad activa de la comunidad, y que, como el resto de las costumbres, también las costumbres verbales se adquieren mediante un proceso de aprendizaje que implica una disciplina, quizá imperceptible, desde la imitación que en el hogar hace el niño de los sonidos significativos emitidos por sus mayores hasta los refinamientos de una retórica aprendida tal vez de los grandes maestros del idioma. Y es claro que en el aprendizaje de la lengua entran, junto con todos los demás elementos, el modo—o los modos—de su pronunciación, los cuales, sin violentar la naturalidad

de la expresión, sin incurrir en extremos artificiosos, deben poderse manejar con una flexibilidad razonable en las distintas situaciones de la vida.

EL IDIOMA Y LOS MEDIOS AUDIOVISUALES

Las transformaciones económicas y tecnológicas experimentadas por la sociedad actual han creado unas condiciones de vida que eliminan prácticamente los grupos humanos aislados en un medio rural. Aun en la medida, bastante limitada, en que todavía subsisten, la existencia de esos grupos ha cambiado por completo en virtud de los nuevos medios de comunicación electrónica, que sacándoles de su tradicional aislamiento, los ponen en contacto con el resto del mundo. A través de la radio y la televisión, las aldeas más pequeñas y remotas están conectadas con los grandes centros urbanos desde donde esos medios irradian.

Esta nueva realidad, que es de importancia suma en cuanto que establece, a través de la información instantánea, una experiencia común a todos los hombres de la tierra, tiene también efectos decisivos por lo que se refiere a cada comunidad idiomática. Sin pretender un deliberado control del lenguaje, como en vano lo pretendió con el inglés la radioemisora británica, es lo cierto que los medios de comunicación modernos cumplen sin proponérselo una función unificadora, familiarizando el oído con las distintas maneras de dicción y destruyendo así la sensación de extrañeza que en tiempos de mayor aislamiento recíproco producía el escuchar un acento distinto—o unos vocablos distintos—de los acostumbrados. Puedo recordar que en mi remota infancia andaluza era objeto de irrisión la manera de pronunciar castellana, percibida como ridícula afectación, y cuando aparecía en nuestra escuela un niño recién llegado del norte su acento era objeto de burlas. Cosa análoga ocurriría, es de suponer, en todas partes. Ahora, en el más apartado rincón del mundo hispanoparlante se está familiarizado, por ejemplo, a través de las películas argentinas, españolas o mejicanas, con modos diversos de pronunciar la lengua de todos, y la diversidad no ocasiona un choque de extrañeza.

Es sólo un ejemplo, pues el fabuloso progreso tecnológico de nuestro tiempo, al poner en estrecho contacto a todos los habitantes del planeta mediante los diversos recursos de comunicación audiovisual, ha traído consigo alteraciones profundas en el campo de la cultura, con repercusiones indudables sobre el lenguaje—el nuestro, desde luego, y todos los lenguajes—, con cambios previsibles y cambios todavía imprevisibles.

Ya quedó dicho: el efecto inmediato de la red de comunicaciones electrónicas ha sido el de ligar entre sí a las poblaciones de los más distantes lugares de la tierra, suministrándoles la misma información y sometiénolas a iguales experiencias. La noticia de cuanto ocurre a diario en el mundo llega a todas partes en seguida, y todas las televisiones transmiten a todos los lugares las mismas películas, ya traducidas, ya en su versión original. El resultado ha sido incorporar a la gran multitud de la población en una unidad técnica, haciéndola partícipe de la cultura de masas, con eliminación del fondo social antes dormido en la inercia de una cultura tradicional.

En varios sitios se proclama con orgullo que el analfabetismo ha sido erradicado; pero en la nueva sociedad ha surgido otra especie de analfabetismo debido, en parte, al hecho de que, obligatoria la enseñanza y entregadas al sistema escolar las nuevas generaciones, siempre hay gente que no quiere o no es capaz de adquirir las primeras letras (según puede observarse, por ejemplo, en los Estados Unidos, donde ahora preocupa el problema de que, tras largos años de escuela, muchos jóvenes ingresan en la universidad sin haber aprendido a leer ni escribir), y, en parte, también debido al desuso de las habilidades adquiridas por quienes aprendieron, pues la nueva tecnología está desplazando aquellas artes obsoletas: tanto la información como la recreación le entra hoy a la inmensa mayoría de las gentes por la vista y el oído, no a través de la letra impresa.

Así, en los países más adelantados se observa un marcado retroceso en la capacidad de expresarse articuladamente, tanto por vía oral como escrita. La redacción de cartas es cosa que pertenece al pasado; cada vez se practica menos, usándose, en cambio, el teléfono, que establece un contacto inmediato y vivo entre las personas distantes.

¿Cuáles pueden ser las repercusiones de todo esto sobre los lenguajes, sobre nuestra lengua española? En un sentido, ello puede actuar de modo favorable. En vez del desmembramiento que un día se pronosticara del castellano en diversos idiomas nacionales, los medios audiovisuales promueven el acercamiento de los hispanoparlantes del mundo entero, y dan lugar a un proceso de creciente unificación de su lengua transmitiendo en vías recíprocas las modalidades regionales generalmente reconocidas y aceptadas. Pero como quiera que todo idioma se encuentra siempre en una evolución más o menos rápida, pero incesante, cabe prever que sus transformaciones o modificaciones de conjunto estarán determinadas a partir de ahora no por el modelo de minorías cultas provistas de prestigio social e imitadas por el resto de la población, sino por los mecanismos de los medios de comunicación en

masa, que obedecen a su propia lógica interna y se adaptan con docilidad a las demandas populares.

Los cambios que esto deba introducir en nuestro idioma no pueden pronosticarse, ni siquiera en forma aproximada, con garantías de éxito; pero sí puede estarse seguro de que en un futuro próximo se habrán producido cambios muy sustanciales.

FRANCISCO AYALA

Marqués de Cubas, 6
MADRID